

# El desprecio

Jean-Luc Godard. Francia. 1963. 102 min. Color. v.o.s.e.



## FICHA TÉCNICA

**Título original:** *Le mépris*.

**Título español:** *El desprecio*.

**Nacionalidad:** Francia. **Año de producción:** 1963.

**Dirección:** Jean-Luc Godard.

**Guión:** Jean-Luc Godard. Según la novela de Alberto Moravia.

**Producción:** Les Films Concordia / Compagnia Cinematografica Champion / Rome Paris Films.

**Productor:** Georges de Beauregard, Carlo Ponti.

**Fotografía:** Raoul Coutard.

**Montaje:** Agnès Guillemot.

**Ayte. de dirección:** Charles L. Bitsch.

**Música:** Georges Delerue.

**Sonido:** William Robert Sivel.

**Vestuario:** Tanine Austré.

**Maquillaje:** Odette Berroyer.

**Intérpretes:** Brigitte Bardot, Michel Piccoli, Jack Palance, Georgia Moll, Fritz Lang, Jean-Luc Godard, Linda Veras.

**Duración:** 102 min. **Versión:** v.o.s.e. Color.

## SINOPSIS

Paul Javal, un dramaturgo francés, acepta reescribir algunas escenas para "La Odisea", una película que se va a rodar en Capri bajo la dirección del renombrado director alemán Fritz Lang. En un primer encuentro con el productor norteamericano, el arrogante Prokosch, el escritor deja que su mujer, la bella Camille, se vaya en el coche con el productor a la finca de éste. Este hecho dará lugar a un grave mal entendido entre el Javal y su esposa, quien cree que la ha ofrecido como moneda de cambio para obtener un mejor pago. Como consecuencia de esta situación, el escritor se verá inmerso en una dolorosa crisis matrimonial.

## COMENTARIO

Nadie mejor que Godard en *El desprecio* ha practicado jamás el cine como un arte del montaje y el montaje como un arte de hacer circular intensidades, cambiar de líneas. El arte de pasar de un color a una entonación de voz, de un movimiento de cámara a una frase musical, del nacimiento más tras dieciocho años de invisibilidad en las salas, *El desprecio* no ha quedado en absoluto alterada por todo ese tiempo y todo ese cine que ha pasado: raramente una película habrá dado con tanta perfección esa impresión de mantenerse "en el aire", sin adherencia alguna al suelo, con la soberana autonomía de una escultura o de una pieza de música. No veo más que algunas películas de Dreyer o de Ozu que sean tan aéreas, sutiles y musicales. Hasta el punto de que, para quien ignorese su fecha anecdótica, *El desprecio* sería una obra rigurosamente imposible de situar dentro de la cronología godardiana. (La palabra "obra", que habitualmente se ajusta tan poco al cine de Godard, es por una vez la palabra exacta: *El desprecio* es una pieza cinematográfica perfectamente esférica.) Es una película que, cinematográficamente hablando, podría muy bien situarse inmediatamente después de *Salve quien pueda (la vida)*. A pesar de que es dieciocho años anterior a ésta, cumple ya a la perfección su programa de un cine que es *en todas sus operaciones* un arte de montaje. Pero tuvimos que esperar a esta película de 1980 para ser capaces de ver realmente lo que era ya en 1963 *El desprecio*: una película corpuscular en la que todo son ritmos diferenciales, cambios de líneas, aceleraciones y ralentizaciones. En este arte del montaje tal como lo entiende Godard (hay que tomar la palabra al pie de la letra porque se trata en verdad de un arte de alcance musical), todas las etapas de la concepción y de la fabricación de la película son ya montaje. *El casting*: no se trata de actores elegidos en función de un papel al que deban dar consistencia sino de un montaje de velocidades, de ritmos, de acentos y de cadencias. Montaje es ya la idea de confrontar la sublime inercia de Bardot y los desordenados tirones de Piccoli, las aceleraciones de Jack Palance y el ritmo sosegado de Fritz Lang.



Esta programación está sujeta a posibles cambios de horarios en función a las normativas del COVID19

FILMOTECA DE ANDALUCÍA

Medina y Corella, 5 - 14003 Córdoba



*El rodaje:* no consiste en la habitual fijación del guión sobre película, sino en una captación: de esas líneas que se cruzan, de esas intensidades que circulan, de las vibraciones del espacio entre las cosas y los personajes.

*Las mezclas:* no son esa operación obsesiva de surrua, de relleno, sino un arte musical de montar algunos estallidos de voz, algunas frases musicales, para escandir el silencio.

Lo que determina la suprema elegancia de *El desprecio* es esa exigencia (estética y moral, es lo mismo) que empuja a Godard, no a cortar (este montaje no es un *collage*) sino a *cambiar de línea* en cuanto una intensidad amenaza con establecerse y agarrar al espectador. Godard siente horror por lo que se fija, por todo lo que adquiere consistencia, y si practica el cine como un arte del montaje generalizado es precisamente para que nada deje de circular de una línea a otra, de la línea de los colores a la de la música,, de la línea Bardot a la línea

Piccoli, de la *Odisea* al mundo moderno. De una línea a la otra, no queda más que la intensidad sin la sustancia, la velocidad sin la masa, la emoción sin el *pathos*. Si yo tuviera que elegir, en la obra de Godard, una secuencia que diese cuenta de la fluidez de ese arte del cambio de línea, ésta sería sin dudarla la secuencia del corral de la granja en *Week-End*, que condensa de forma límpida lo que Jean Cocteau, otro gran volatinerero, llamaba *el secreto profesional*. Al evocar esta secuencia en la que, como recordamos, la cámara sigue con la máxima atención el caminar tan singular, a la vez lento, amplio y rítmico, de Anne Wiazemsky, me resulta de pronto evidente que las mujeres a las que Godard ha tenido realmente ganas de filmar, y a las que ha filmado con amor, se caracterizan todas ellas por un ritmo muy personal en su modo de andar, de pronunciar las frases, de escandir las palabras, de mover el cuerpo en el espacio. Y al volver a ver *El desprecio* no cabe la menor duda de que

Godard quedara fascinado por la conmovedora lentitud de Brigitte Bardot, por el genio que posee para “mantener” en el mismo tono, monacorde, una larga secuencia hecha de fragmentos de diálogos entrecortados por silencios, y de que, gracias a estas cualidades, la filmó con verdadera admiración.

*El desprecio* se abre con una frase de André Bazin: “El cine sustituye nuestras miradas por un mundo acorde a nuestros deseos”. ¿Qué sería un mundo acorde al deseo cinematográfico de Godard? Un mundo en el que todo lo que nos afecta pudiera hacerse visible en la superficie de las cosas, en la música de los movimientos y la velocidad de los cuerpos. Un mundo en el que fuese inútil recurrir a la explicación mediante la interioridad y la profundidad para comprender lo que ocurre entre los seres, que es para Godard el único tema de cine posible. El resto, la interioridad, no es algo que deba mostrarse, porque esto no concierne a nadie. Lo que en la expresión de los sentimientos horroriza evidentemente a Godard es lo que pesa, es decir, justamente *lo que no puede llegar a la superficie*, a la forma. La angustia, digamos por ejemplo, en su expresión bergmaniana. Aunque en *El desprecio* se habla de la duda, de los celos y del sufrimiento, Godard, con su exigencia de dar sólo cuenta de lo que puede hacer visible, despoja estos sentimientos de todas su adherencias para restituirnos únicamente –con la máxima elegancia (aun cuando, a menudo, pueda tenerse la impresión de que se trata de la elegancia de la desesperación) y gracias a su uso del cine como arte de montaje- el juego de las líneas, la música. (...)

Por Alain Bergala. Nadie como Godard. Ediciones Paidós



*Esta programación está sujeta a posibles cambios de horarios en función a las normativas del COVID19*